

Política y Guerra: Apuntes para una Analítica Agónica de los Estudios Estratégicos

Politics and War: Notes for an Agonic Analysis of Strategic Studies

Política e Guerra: Notas para uma analítica agônica dos Estudos Estratégicos

Rev. Bra. Est. Def. v. 2, n° 2, jul./dez. 2015, p. 151-171
ISSN 2358-3932

THIAGO RODRIGUES

– “Don’t you say Bonaparte. He is the Emperor! His name is sacred!” came the angry shout.
– “Damn and sod your Emperor!”

Leo Tolstoy, *War and Peace*, p. 185

LA MIRADA DE LA GUERRA

En un frío día de marzo de 1861, el escritor ruso Leo Tolstói por fin conoció a uno de sus más admirados pensadores sociales: el libertario francés Pierre-Joseph Proudhon. Exiliado en Bélgica por su vida de luchas y por la resoluta oposición al gobierno de Luis Napoleón, el ya anciano Proudhon esperaba el momento propicio para volver a Francia. Tolstói, en gira por Europa Occidental, tuvo la oportunidad que tanto deseaba. Impresionado por encontrar al hombre cuya obra conocía bien, quiso Tolstói saber en qué trabajaba Proudhon. El filósofo, entonces, explicó por horas sobre el nuevo libro que concluía respecto al tema de la guerra como energía fundamental a organizar la vida humana. Con gran erudición, Proudhon expuso a Tolstói el resumen de sus investigaciones sobre la “filosofía de la guerra y la política internacional” (Proudhon, 1987, p. 216), que resultaría en un largo libro cuyo título sería “La guerre et la paix” (“La paz y la guerra”).

Tolstói quedó tan impresionado con el original análisis de la guerra y de su relación con la “Justicia”, el “derecho” y el “orden político” que con-

fesó a Proudhon estar él también escribiendo una gran novela con centenares de personajes, pero con uno sólo protagonista: la guerra. Admirado, Tolstoi pidió a Proudhon su permiso para homenajear su reflexión nombrando su novela con el mismo título. Proudhon accedió pero no alcanzó a ver la novela publicada, pues falleció en enero de 1865, el mismo año de publicación del clásico “Guerra y Paz” de Tolstoi.

Lo que ha impresionado a Tolstoi fue lo mismo que desagradó a muchos críticos de Proudhon, tanto en los círculos conservadores como entre los anarquistas y socialistas: el rol que Proudhon atribuyó a la *guerra* como energía formadora de todas las instituciones, códigos y órdenes político-económicas y sociales. Sus críticos acusaron a Proudhon de ser apologista de la guerra, irresponsable e ingenuo, provocando una amarga decepción en el filósofo (Jourdain, 2006). Para autores como Prichard (2013), la potencia de su libro no fue notada en su momento porque contrariaba elementos centrales de la filosofía política moderna. De veras, Proudhon afirmó que por muchos siglos, juristas, estadistas, autoridades religiosas, filósofos morales y humanitaristas de todo tipo habían considerado la guerra como “un hecho de pura bestialidad” (1998, p. 37). Nada sería producido por la guerra, sino destrucción, muerte y caos.

Sin embargo, Proudhon buscó en la filosofía de los clásicos griegos, en especial la tradición presocrática – de pensadores como Heráclito de Éfeso (535-484 a.C.) – otra visión de la guerra. Como registra uno de los pocos fragmentos heraclíticos que sobrevivieron a los tiempos, “la guerra de todos es padre; de todos es rey; a los unos los designa como dioses, a los otros, como hombres; a los unos los hace esclavos, a los otros, libres”. Esa noción de guerra como principio ordenador de la vida, definidor de las categorías sociales y de los valores le parecía a Proudhon como un elemento fundamental que todos los juristas y filósofos de la Modernidad se esforzaron por reinterpretar.

Para Proudhon, el Estado y las ideas, los valores morales y las formas de producción y apropiación de la riqueza, las virtudes y vicios no obedecían a naturalezas acabadas y universales, sino han sido siempre producidos por el combate entre distintas perspectivas, visiones de mundo y posiciones ético-políticas. Así, la obra de filósofos como Thomas Hobbes (1588-1679) o Hugo Grotius (1583-1645) fueron tentativas de borrar el *hecho de la guerra* tanto del momento de nacimiento del Estado, como de la conducción cotidiana de la política. Según Proudhon, “mientras dure la paz, ella se ejerce por el manejo de las armas, ella es hecha como una pequeña guerra [*pétite guerre*]” (1998, p. 79).

La vida social, o el espacio de la “paz civil” – presuntamente demarcado y defendido por el Estado, – no sería un ambiente desproveído de conflicto,

en donde los hombres vivirían protegidos bajo una cumbre constituida por “paz y justicia” (“pax et justitia”, el moto del Estado Moderno europeo). El análisis de Proudhon no sugirió que la guerra fuese “buena” o “mala”, sino *productora* o *instauradora* de valores, instituciones, posiciones de poder. Su crítica a la “guerra destructora de los Ejércitos” tenía que ver con su crítica del capitalismo y de la apropiación de la fuerza guerrera de los pueblos para defender las desigualdades sociales, el poder político centralizado en el Estado y la propiedad privada. Sin embargo, esa crítica no le impidió de notar que “la guerra” formateaba todo lo que los hombres vivían porque había un “derecho de la guerra [droit de la guerre]” a establecer los principios que, en un específico momento histórico eran afirmados (y creídos) como *verdades*. La vida de los hombres – a veces amos, a veces esclavos – latería al ritmo de los combates y enfrentamientos sin pacificación y sin destinación final.

La mala recepción de la obra de Proudhon fue seguida de silencio total. Los muchos escritos de Proudhon fueron leídos y comentados en todo mundo desde el siglo XIX. Sin embargo, su “La guerre et la paix” mereció solamente dos reediciones en francés (en 1927 y 1998), nunca siendo traducido íntegramente hacia otro idioma. Lo que planteó Proudhon con su libro escapó de lo que se discutía sobre la guerra y el derecho. El francés estaba casi sólo, pero no totalmente, como indica el interés de Tolstoi y algunos posibles ecos que se podrían notar en el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, aunque eso sea tema para alguna especulación que exige investigación y reflexión adensadas (Jourdain, 2006). Sería, quizás, más productivo considerar que la tradición en que se inscribe Proudhon y también Nietzsche es aquella que proviene de pensadores como Heráclito, con sus nociones de *vida* y *política* apartadas de los trascendentes universales y de las dualidades absolutas de la filosofía platónica que, articulados históricamente con la moral cristiana, se consolidaron como la base del pensamiento dicho “Occidental” (Rodrigues, 2010).

Esa tradición de la “vida como batalla” fue retomada por filósofos contemporáneos, influenciados por Nietzsche, como, por ejemplo, el francés Michel Foucault (1926-1984). En su recorrido intelectual, interesado en comprender como cada persona es históricamente constituida como un “sujeto”, o sea, como cada “singularidad somática”, como cada “cuerpo humano” (Foucault, 1998, p. 03) es proveído con una “personalidad”, con un “alma”, con una identidad, Foucault se dedicó a estudiar las varias tecnologías de poder responsables por esa *modelación de las subjetividades*. Comentando su búsqueda por la constitución de los sujetos, Foucault definió las relaciones de poder como relaciones *agónicas* a partir del concepto griego de “agón” que, conforme explican Rabinow y Dreyfus, significa “un

combate físico en que los opositores desarrollan una estrategia de reacción y de injurias mutuas, como si estuvieran en una sección de lucha” (1995, p. 245, traducción mía).

Ese combate, diferentemente del “polemós” – concepto griego para la guerra – no tendría que ver con el “agón”, pues ese no significa el choque entre grandes fuerzas militares organizadas bajo una jerarquía y con propósitos vinculados a racionalidades del poder político centralizado (una polis, un imperio, un Estado Moderno), sino es un enfrentamiento que no necesariamente conduce a la muerte o a la sujeción duradera del “derrotado”. Ese “combate” no sería el momento de máximo y dramático enfrentamiento entre soldados, sino la fricción constante y cotidiana entre distintas voluntades, propósitos, posiciones políticas, intenciones de sujetar y resistencias a tales intenciones. El “agón” está relacionado al concepto de poder – y por extensión, al de política y Estado – que Foucault desarrolló principalmente en sus investigaciones de los años 1970, en cursos en el Collège de France (“Defender la sociedad”, de 1976, y “Seguridad, Territorio, Población”, de 1978), además del primer volumen de su *Historia de la Sexualidad*, también de 1976, nombrado “La voluntad de saber”.

Argumentamos que hay en Foucault una “mirada de la guerra” que revela una *perspectiva agonística* del análisis del poder, del Estado y de la política que se articula a una tradición cuyas procedencias se encuentran en pensadores como Proudhon y Heráclito. Esa tradición, marginada en la historia-política y en el pensamiento filosófico Occidental puede potenciar importantes análisis de las conflictividades contemporáneas, en especial las llamadas “nuevas guerras” (Kaldor, 2001) o, como trataremos adelante, de los “estados de violencia” (Gros, 2009) producidos por los “conflictos trans-territoriales” (Passetti, 2007) que no respetan las lógicas de la espacialidad, tampoco de la legalidad de los Estados. Si eso es fiable, entonces, algunos breves apuntes sobre el agonismo pueden contribuir para el estudio de importantes aspectos de la conflictividad contemporánea. Afirmamos que una *analítica agónica* aplicada a los Estudios Estratégicos y a los estudios de seguridad internacional puede lanzar miradas distintas de las más conocidas perspectivas epistemológicas en esos campos de saber, abriendo interesantes conversaciones.

LA POLÍTICA COMO GUERRA

En la clase de 7 de enero de 1976 en el Collège de France, Michel Foucault planteó a sus alumnos un análisis del Estado y de la política que contrariaba la tradición contractualista. Pensaba Foucault en filósofos co-

mo Thomas Hobbes para quiénes el Estado es fruto de un pacto entre los hombres que, ansiosos por evitar la muerte violenta y el saqueo de sus bienes, aceptan vivir bajo una autoridad central sumamente más fuerte físicamente. Esa asimetría entre el Estado y todos los súbditos garantizaría una “paz civil” evitando la famosa fórmula hobbesiana de la “guerra de todos contra todos”.

Para iniciar su reflexión, Foucault recurrió no a Hobbes, sino al famoso teórico de la guerra, el general prusiano Carl von Clausewitz, solamente para proponer una inversión de su famoso moto “la guerra es la política continuada por otros medios”.¹ Afirmó Foucault, entonces, que “la política es la continuación de la guerra por otros medios” (2001, p. 29). No interesaba al filósofo francés discutir propiamente a Clausewitz, porque no se trataba de analizar a la lógica de la guerra entre Estados o a los grandes acontecimientos militares (el *polemós*). Lo que le importaba era introducir otra definición de “la política” o “del político” más allá de la concepción contractualista.

La política, para Foucault, era el conjunto heterogéneo de las múltiples y cotidianas relaciones de poder que tienen como propósito instaurar relaciones de gobierno de las “conductas” (Foucault, 1988, p. 20), o sea, producir relaciones de *comando* y *obediencia* en todos los niveles del cuerpo social, desde las relaciones macroscópicas (entabladas por el Estado, trabadas en su medio y por medio de sus instituciones) hasta las incontables, cotidianas y cercanas relaciones de fuerza que suceden en la dimensión de la microfísica del poder. Conforme piensa Foucault (2001), el poder no es un “bien” que uno tenga ante la carencia de otro, sino una fuerza que se ejerce – potenciada por las capacidades de poder (materiales e inmateriales) – de unos sobre otros buscando establecer relaciones de *gobierno*. Así, el propósito del ejercicio del poder sería *conducir conductas*.

No obstante, ese propósito puede enfrentar resistencias, desobediencias, sublevaciones. Siempre es posible resistir a una intención de gobierno. Por eso, para Foucault, el ejercicio del poder no se resume a relaciones de dominación, pues, ante una tentativa de control y conducción, hay siempre la viabilidad de enfrentársela: “donde hay poder hay resistencia” (1998, p. 57). De esa manera, las situaciones en las cuales se ejerce y se resiste al poder podrían ser tomadas, según Foucault, como “situaciones estratégicas” y las relaciones de poder habrían que ser estudiadas a partir de nociones de “táctica, estrategia [y] relaciones de fuerza” (2001, p. 31). De ahí la noción de “agón”, pues “la relación de poder y la rebeldía de la libertad no pueden, pues, separarse” (Foucault, 1988, p. 16). De ese modo, la “política” no sería solamente la “política institucional” (el Estado y su aparato), sino ese conjunto de incontables combates.

Además del *agonismo* cotidiano de las relaciones de poder, el propio campo de la política – o el espacio doméstico delimitado por la soberanía estatal – no podría ser considerado un ambiente de paz. Para Foucault, dentro del Estado, en el espacio de la política,

dentro de esa las luchas políticas, los enfrentamientos con respecto al poder, con el poder, por el poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza –acentuaciones de un lado, inversiones, etcétera–, todo eso, en un sistema político, no debería interpretarse sino como las secuelas de la guerra (2001, p. 32).

Cerca de los estudios críticos sobre la formación de los Estados – que se puede encontrar, por ejemplo, en autores de distintas vertientes como Charles Tilly (1992), Benedict Anderson (1991), John Keegan (2002), Philip Bobbitt (2003) – es análisis de Foucault explícita todavía más que una negación del discurso contractualista, pues hoy en día no habría como creer que las alegorías filosóficas de un Thomas Hobbes pudiesen retratar hechos históricos. Lo que está en cuestión para Foucault es la *moral* y la *ontología del Estado*, o sea, la aceptación de que el Estado es una entidad históricamente inevitable (colmo de un proceso teleológico de evolución de las instituciones) y positiva en si misma (como la única posibilidad de mantener “la paz” entre los hombres).

Así, el Estado Moderno de origen europeo fue fundado por la guerra y sostenido desde su consolidación por la guerra. Esa “guerra” ha sido, a la vez, interna (las variadas tácticas – más o menos sutiles – de gobierno de las conductas de los súbditos) y externa (los enfrentamientos entre las fuerzas militares): *polemós* y *agón*, la guerra de los Estados y la “pétite guerre” cotidiana. Ese análisis articulado entre las dos dimensiones es posible desde una mirada que comprenda la *política como guerra*, aceptando que lo que llamamos “paz” es solo la realización de muchas modalidades de relaciones de fuerza. El *agonismo* como perspectiva analítica puede, de ese modo, cambiar el foco sobre lo que entendemos sobre los conflictos y los enfrentamientos en un mundo de fronteras atravesadas por *transterritorialidades*.

SIN “DENTRO” Y “FUERA”

En las clases finales de su curso de 1976 intitulado “Seguridad, Territorio, Población”, Michel Foucault se dedicó a analizar un asunto muy familiar a los estudiosos de los Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales: los Tratados de Westfalia y la formación del sistema de Estados europeo. Interesaba al filósofo comprender la emergencia de una

nueva racionalidad del gobierno – la Razón de Estado – y como ella activaba un conjunto de tecnologías de poder para enfrentar nuevos desafíos para la gestión de poblaciones, territorios y riquezas.

El tema podría ser común a los estudios más tradicionales del derecho internacional o de las Relaciones Internacionales, sin embargo el interés de Foucault – y su noción de poder y política – le llevaron a otra modalidad de análisis. Para Foucault (2006), la “invención de Europa” fue la constitución de un “sistema de seguridad” elaborado por algunos Estados emergentes interesados en afirmar esa nueva racionalidad del poder, a la vez distinta de la medieval y de la memoria del poder político centralizado que resonaba desde la antigüedad imperial romana.

Para Foucault (2006), desde un punto de vista político, la Modernidad europea fue el momento del confronto entre los modelos medievales – basados en la fragmentación político-militar que convivía con la “idea de Imperio” representada por la noción de “comunidad cristiana” reportada al vicario de Roma – y combinación entre las pretensiones políticas de los príncipes interesados en gobernar efectivamente y de las emergentes fuerzas económicas mercantiles interesadas en *producir* y *transitar*. Los Tratados de Westfalia, de ese modo, fueron cristalizaciones de un complejo proceso en que una “nueva economía de las armas” (Foucault, 1998, p. 52) – propiciada por tecnologías nuevas como las armas de fuego – permitió la concentración del poder político, pues las sublevaciones locales pudieron ser militarmente controladas y sujetadas. La Guerra de los 30 Años, concluida por aquellos Tratados, fueron ellas mismas expresiones de esa dinámica que combinó la consolidación de la autoridad de los grandes príncipes (como el rey de Francia) sobre su propio reino y la elaboración de un diseño político para la Europa que emergía.

Esa Europa, afirmó Foucault (2006), se formó en un tenso equilibrio entre unidades políticas que se fijaban en el ejemplo imperial romano – el poder absoluto de César – pero que no admitían ningún Imperador sobre toda Europa. La solución encontraba – la fórmula westfaliana – fue el *equilibrio de poder* entre una aristocracia de grandes Estados equivalentes en tamaño, recursos naturales, población y fuerza militar. Para Foucault, ese equilibrio fue posible porque se organizó un sistema diplomático-militar por lo cual cada unidad política desarrolló, simultáneamente, nuevas estructuras de poderío bélico y de capacidad de diplomática. El componente diplomático del dispositivo comprendió el establecimiento de las misiones permanentes y una inicial “profesionalización” del diplomático. De ese modo, los canales de conversación, representación y negociación – pero también los de información y espionaje – pudieran permanecer abiertos y constantes.

Ese instrumento fue, para el filósofo, importante por dos razones fundamentales: primero, para que cada Estado supiese mínimamente las capacidades de poder y los planes estratégicos de sus equivalentes; en segundo lugar, para que la negociación fuese siempre una opción viable para que los intereses pudiesen ser alcanzados sin la necesidad de recorrer a la guerra. El otro elemento que componía y apoyaba el dispositivo diplomático fue el dispositivo militar. Para Foucault, ese dispositivo militar permanente comportó

[primero] una profesionalización del hombre de guerra, la constitución de una carrera de las armas; segundo, una estructura armada permanente, susceptible de servir de marco a los reclutamientos excepcionales en época de conflicto bélico; tercero, un equipamiento de fortalezas y transportes; y cuarto y último, un saber, una reflexión táctica, tipos de maniobras, planes de ataque y defensa; en suma, toda una reflexión propia y autónoma sobre la cosa militar y las guerras posibles (2006, 352-353).

La guerra articulada por ese emergente Estado fue, de ese modo, parte constitutiva del intento de monopolizar la violencia física organizada, derrotando a las fuerzas locales (milicias, señores feudales, insurgencias religiosas, revueltas campesinas) – en su lado interno – y de equiparar fuerzas con los demás aparatos militares en el ambiente exterior. Así, la guerra pasó a asumir aquello que siglos después sería conocido como la *fórmula clausewitziana*: la guerra como fuerza destructiva manejada por militares bajo control del Estado para ser usada como medio para agotar la capacidad de resistencia de otro Estado oponente de manera que el derrotado se sujetase a la voluntad (autoridad política) del vencedor.

La emergencia de lo que podríamos llamar de la “guerra de la *voluntad de Estado*” fue, entonces, la captura de las fuerzas históricas de la violencia organizada por un aparato centralizado de poder político que buscó convertir milicianos y guerreros (con diferentes perfiles y lealtades) en disciplinados soldados del rey. Esa guerra, antes de ser una energía destructora caótica, fue disciplinada como dispositivo para mantener un “sistema de seguridad” en Europa, un sistema en equilibrio: sea como *fuerza de disuasión* (aplicando el moto del estratega romano Flavius Vegetius “si quieres paz, prepárate para la guerra”), sea cómo *recurso extremo* (“ultima ratio”) para recomponer un equilibrio deshecho por un Estado que decidiera romper el equilibrio para conquistar o agredir a los demás.

Foucault, sin embargo, sumó a la dimensión internacional del dispositivo de seguridad europeo un segundo nivel de análisis: el interno. Para Foucault, la cristalización del Estado – y de una nueva razón gubernamen-

tal, la Razón de Estado – fue posible por la articulación de un dispositivo volcado hacia afuera (el dispositivo diplomático-militar) con otro volcado hacia adentro que denominó “dispositivo de policía”. Para Foucault, entre los siglos XVI y XVIII, “policía” no era la fuerza estatal represiva como la conocemos hoy, sino “el conjunto de los medios a través de los cuales se pueden incrementar las fuerzas del Estado a la vez que se mantiene el buen orden de éste” (Foucault, 2006, p. 357). En tiempos de emergente economía mercantilista, los nacientes Estados europeos buscaron controlar lo máximo posible las fuerzas vivas del reino, organizando, detallando y disciplinando las fuerzas para que la riqueza y “el esplendor del Estado” pudiesen crecer sin que esto desequilibrara el orden político, económico y social. Según Foucault (2006), fue solamente con la crítica fisiócrata-liberal, en fines del siglo XVIII, que doctrinas como la “autorregulación” del mercado prevalecieron contra el intervencionismo estatal. Fue en ese entonces que “policía” se resumió al “pequeño ejército” volcado para mantener el orden interno.

En los límites de ese breve recorrido por las tesis de Foucault, interesa subrayar que su análisis del sistema de Estados – el mismo sistema que se mundializó siguiendo la expansión colonial e imperialista europea – es, sobretudo, un *sistema de seguridad* producido por los Estados para su auto-protección en un ambiente sin autoridad global, “imperial” o superior. Ese sistema, desde sus principios, fue parte de un “nuevo arte de gobernar” que conectaba – con dispositivos articulados – las dimensiones interna y externa del poder político (Rodrigues, 2013).

Recuperando las nociones de poder y política de Foucault expuestas en la sección anterior, es posible notar que esa articulación de los dispositivos indica un análisis que no reproduce los predominantes modos de pensar “el Estado”, “lo político” y “el internacional” en el campo de las Relaciones Internacionales y de los Estudios Estratégicos. Esas áreas de conocimiento, fundadas en una tradición de corte contractualista, establecen una separación rígida entre “lo doméstico” y el “espacio internacional”, considerando el primero como “paz civil” (regida por leyes y protegido por el Estado) y el segundo como “anarquía internacional”.

La lectura foucaultiana, apartada de la idea de que el Estado pacifica una “guerra primordial” o “natural” (el “estado de naturaleza” hobbesiano, por ejemplo), comprende “lo político” como distintas modalidades de enfrentamiento que no tienen origen histórica en un “gran consenso” entre los hombres, sino por victorias y derrotas entre diferentes clanes, grupos económicos, posiciones políticas, sublevados o conservadores en constante pelea. En esa perspectiva, “la guerra” no es solamente el enfrentamiento bélico del “dispositivo militar”, sino un grande y complejo conjunto de

prácticas políticas, tácticas de control, acciones represivas, discursos de legitimación, conformaciones institucionales etc. El espacio para la violencia organizada, para la guerra, es simultáneamente – y de variados modos – *interior, exterior y constitutivo* del Estado.

Esa mirada anti-contractualista llamó la atención de investigadores de las Relaciones Internacionales interesados en entender las dinámicas políticas y conflictivas que emergían en fines del siglo XX. Para ellos, esas dinámicas contrariaban la separación estanque entre “dentro” y “fuera”, entre “paz” y “guerra”, entre “doméstico” e “internacional”. Así, en los años 1980, autores como estadounidense Richard K. Ashley y el británico R.B.J. Walker empezaron a cuestionar las bases epistemológicas y los compromisos políticos de las corrientes preponderantes en el campo de las Relaciones Internacionales: el debate entre neorrealistas y neoliberales (Wæver, 1996). Los dos investigadores indicaron como que las tradiciones liberal y realista, aunque en aparente confrontación, tienen los mismos orígenes epistemológicos y terminan por defender la inevitabilidad del Estado como modelo de organización política, aceptando que la ausencia del Estado significa la “guerra de todos contra todos” y, por consiguiente, identificando la “política” con el “Estado” y, a ambos, como sinónimos de “paz” (Ashley y Walker, 1990).

Richard Ashley (1986), criticando especialmente al neorrealismo, identificó el “estatismo” como su principal fundamento. Para él, los neorrealistas entienden el Estado como “una unidad sin problemas: una entidad cuya existencia, los límites, las propias estructuras, factores constitutivos, la legitimación, intereses y capacidades para la toma de decisiones son tratadas como hechos” (1986, p. 268, traducción mía). En ese sentido, el Estado sería una entidad terminada, sin historia, sin contradicciones ni conflictos internos, dotada de una voluntad autónoma y egoísta (el “interés nacional”) y gobernada por el objetivo de sobrevivir en un sistema “anárquico” (Ashley, 1988). En suma, el “Estado” sería ontológicamente definible siguiendo los mismos términos: entidad política semejante a las demás, dotada de una Razón de Estado interesada siempre en *sobrevivir* y *expandir* en un espacio peligroso que es *ambiente internacional*.

Para Ashley (1986), el concepto neorrealista de Estado es un “compromiso metafísico” que parte de un *a priori* incuestionable – y, por lo tanto, con *status* de dogma – que es el del Estado es una entidad pacificadora que practica eventualmente la guerra con otros Estados en el espacio “anárquico” de las relaciones internacionales. Agregaríamos aquí que esa premisa ontológica no es exclusiva de la tradición realista, pues los liberales – aunque crean en la posibilidad de arreglos institucionales y espacios de cooperación internacional – igualmente comparten con los realistas las mismas

procedencias contractualistas: si no es Hobbes, como hacen los realistas, hay como buscar esa lógica en Kant o en Locke.

La separación ontológica entre “Estado” versus “Internacional” es, también parte de los intereses analíticos de de R.B.J. Walker. En obras como *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, de 1993, Walker defiende que la dicotómica distinción entre “lo doméstico” (el interior) y el espacio internacional (el exterior) es una invención moderna, en un intento de lidiar con los problemas de gobierno y los intereses políticos que surgieron a finales de la Edad Media europea vinculados al antagonismo permanente entre lo particular y lo universal, entre lo local y lo global.

Según Walker (1993), ese discurso fue exitoso por variadas razones, entre las cuales está la elegancia con la que presuntamente respondía a cuestiones existenciales y políticas como “quiénes somos” o “dónde estamos” pues permitió la producción de identidades políticas ampliada – la pertenencia al Estado y, después, el sentimiento nacional – marcando la separación entre “amigos” y “enemigos”. Para Walker, la imagen de la alteridad (el otro, el ciudadano de otro país, el enemigo, el extranjero) sería esencial para sedimentar la identidad del “yo”, porque éste no se completa sin la identificación de un “otro” que es distinto por la cultura, las tradiciones, el idioma, los valores o la nacionalidad. Así, afirma Walker, “el principio de la soberanía es menos un argumento abstracto que una práctica política excepcionalmente densa” que resolvería “la relaciones entre unidad y diversidad, entre interno y externo, y entre espacio y tiempo” (1993, p. 154, traducción mía).

El espacio exterior y peligroso de la “anarquía internacional” funcionaría como una constante imagen del miedo de la muerte violenta (individual y de la colectividad) que justificaría la existencia del Estado como entidad protectora, una redoma de defensa en contra el “salvaje” mundo exterior. Para Walker, “la violencia que hay [hacia afuera] permite que [exista] la paz y la justicia interna [hacia adentro]” (1993, p. 151, traducción mía). No obstante, para el británico, las categorías de “orden” y “anarquía” no son “naturales”, sino constituidas históricamente en Europa desde fines de la Edad Media. Además, ellos no son polos opuestos, sino elementos co-constitutivos que se refuerzan y amparan: el Estado necesita de la existencia de la amedrentadora “anarquía” para ampliar su legitimidad interna, garantizar la obediencia espontánea de los ciudadanos (que temen los peligros del mundo exterior) y movilizar los recursos militares o de defensa que son, en última instancia, los medios para ejercer la autoridad política.

Walker (1993) incluso provoca a los teóricos internacionalistas de filiación contractualista cuando sostiene que la común expresión “política internacional” es contradictoria en los propios términos de realistas y

liberales, pues si en el espacio que existe entre los Estados hay “anarquía”, y “lo político” es establecido solamente por el Estado, entonces no habría “política” en el ambiente internacional. En suma, si “anarquía” es el opuesto de “política”, no hay “política internacional”. Bajo otros marcos, como el agónico que aquí se plantea, sí se puede hablar de política internacional, pues “lo político” no se confina a su representación estatal, tampoco está preso dentro de las fronteras rígidas del *inside* y del *outside* (Rodríguez, 2014).

De ese modo, la conexión entre *inside* y *outside* en el análisis de Walker es cercana a la noción de *sistema de seguridad* en Foucault, pues conecta los ambientes doméstico e internacional en un *continuum* de seguridad (Bigo, 2010) que, podemos afirmar, es una articulación continuada entre variadas manifestaciones de la “guerra”. Las políticas de seguridad *hacia afuera* y *hacia adentro* se comunican y la práctica gubernamental de los Estados – la intención de conducir conductas – es operada como un dispositivo de seguridad heterogéneo pero coherente. Lo que está en disputa es siempre cómo gobernar, cómo disminuir resistencias al poder constituido, cómo regular los flujos de productos, recursos, ideas que atraviesan los territorios y marcan a las poblaciones. El desafío de gobernar en la aurora de la Edad Moderna pasó, siguiendo las indicaciones de Foucault, por la constitución de dispositivos de seguridad conectados (o a servicio) de una nueva razón gubernamental. Hoy en día, los problemas de gobierno son distintos, y el sistema de seguridad cambia con velocidad.

LA “GUERRA” Y MÁS ALLÁ DE LA GUERRA

Pensando las transformaciones de la “guerra” desde fines del siglo XX, el filósofo francés Frédéric Gros (2009), también bajo una clave de reflexión foucaultiana, argumentó que el gran embate militar entre Estados – la guerra como fenómeno público regido por tratados y por un derecho consuetudinario – estaba en su agonía. Para el autor, después de la Segunda Guerra Mundial, las modalidades “no-estatales” de guerra crecieron vertiginosamente y en sentido inversamente proporcional a las guerras entre Estados. Los conflictos revolucionarios, las guerras de liberación nacional y las guerras civiles (muchas veces inmiscuidas) de los años 1950, 1960 y 1970 fueron atravesadas por la emergencia de otras formas de conflicto todavía más lejanos de la lógica clausewitziana, como el terrorismo y los múltiples ilegalismos transnacionales con destaque para el narcotráfico.

La reflexión de Gros se inscribió en una amplia literatura surgida en fines de los 1980 y, principalmente, en los 1990, dedicada a pensar las “nuevas” modalidades de guerra. Una de las tesis más debatidas en ese momento

fue planteada por la investigadora británica Mary Kaldor que, justamente, veía la decadencia de la “guerra entre Estados por un fin político definible, es decir, el interés estatal” (2001, p. 15). Las “nuevas guerras” (*new wars*) evocarían, para Kaldor, una nueva racionalidad – basada en lazos de identidad *trans* o *infra* estatales (nacionalidades sujetadas históricamente, grupos religiosos reprimidos) – y una nueva capacidad para movilizar, financiar y realizar la “violencia organizada” distinta de las “antiguas guerras” (*old wars*) clausewitzianas.

Así como Kaldor, Gros nota una racionalidad o lógica específica en los nuevos conflictos, recusándose a definir las aparentemente tan distintas manifestaciones de la violencia desde los 1990 como *barbarismo* o como presuntos retornos al “estado de naturaleza”. La noción de *barbarie* presupondría, para Gros, una creencia previa en la existencia del “contrato social” y en la validez del Estado como entidad mantenedora de la “paz”. Diríamos acá, a partir de lo expuesto anteriormente, que clasificar a las “nuevas conflictividades” de *bárbaras* significaría naturalizar al Estado y a la “guerra controlada por el Estado” como las guerras justas y justificables mientras las otras violencias serían todas criminales o injustas.

Gros afirma que las guerras entre Estados ceden espacio para lo que nombra como “estados de violencia”, entendidos como una “nueva distribución contemporánea de las fuerzas de destrucción” (2009, p. 232) y que han cambiado los “principios básicos de estructuración” (*idem*, p. 229) de la guerra que son: el *tiempo*, el *espacio*, la *legalidad* y la *movilización*. Para Gros, los “estados de violencia” no tienen una temporalidad discernible, pues no se sabe precisamente cuando empiezan y cuando (o si) terminan. Ellos tampoco tienen espacios claramente demarcados para ocurrir, pudiendo manifestarse dentro de Estados, en ciudades, calles, atravesando fronteras o simultáneamente en varias partes del globo. En cuanto a la legalidad, los “estados de violencia” no respetan leyes nacionales, tratados internacionales, compromisos formales o informales de la guerra justa estatal (tanto el *jus ad bellum* – el derecho de ir a la guerra – como el *jus in bello* – los compromisos durante el conflicto). Por fin, sobre la movilización, Gros defiende que las fuerzas armadas regulares encogen aún más como protagonistas de los conflictos abriendo espacio para milicias, grupos privados legales o ilegales, antiguas y nuevas guerrillas, organizaciones terroristas, nuevas unidades élite de las fuerzas armadas de los países centrales, etc.

Las cuatro dimensiones de los “estados de violencia” nos hacen pensar en las guerrillas provenientes de la Guerra Fría y que encontraron nuevas motivaciones (como las FARC en Colombia), en grupos armados privados contratados por empresas y por gobiernos para actuar en una zona gris de la legalidad internacional (como las empresas de tipo *Blackwater*

actuantes en Irak o en Afganistán), en organizaciones del llamado crimen organizado transnacional (como las mafias de todas partes del globo), en los genocidios y violencias dichas “étnicas” en África o Asia, en los enfrentamientos entre milicias, policías y pandillas en metrópolis de América Latina, en el terrorismo llamado “fundamentalista islámico”, con su gran movilidad y descentralización, entre otras situaciones y acontecimientos.

Pensando precisamente sobre la emergencia de ese “terrorismo fundamentalista”, Passetti (2007) propuso activar la noción de “transterritorial” para analizar los grupos, flujos y agentes (privados o públicos, estatales o multilaterales, legales o ilegales) que transitan por las dinámicas vías de la globalización planteando otra referencia para definirse a las circulaciones de cosas, ideas, “amenazas” y personas: no más en el “Estado” o en el “nacional”, sino en el “territorio”. Para Passetti (2007), expresiones consagradas como la de “transnacional” siguen tomando el “nacional” (o el Estado Nacional) como referencia. Sin embargo, los *flujos* de ese momento histórico que el filósofo francés Gilles Deleuze (2006) denominó como “sociedad de control” cruzan las fronteras nacionales estableciendo relaciones de nuevo tipo entre entidades y personas, otras identidades político-sociales, nuevos arreglos institucionales y nuevas conexiones económicas que no prescinden del Estado – tampoco lo superan – pero que lo reconfiguran. Muchas de esas conexiones, espacios y territorialidades locales se conectan directamente sin pasar por la dimensión de la identidad o de la institucionalidad estatal.

En el caso del “terrorismo fundamentalista”, grupos articulados por un discurso común (un conjunto compartido de creencias y métodos de acción) pudo realizar, desde los 1990, una serie de ataques contra blancos occidentales en varias partes del mundo (no solamente en el Occidente). Eses grupos, genéricamente agrupados bajo la designación de “Al Qaeda” no se articularon como tentáculos vinculados a una sola centralidad (como atestó la continuidad de los ataques después de la muerte de “líderes” como Osama Bin Laden). El “fundamentalismo” actúa como un “programa de acción” a ser apropiado y replicado por quienes estén afinados a sus premisas generales (Passetti, 2007). La descentralización y la ausencia de un proyecto nacional, estatal o revolucionario aleja a esa modalidad de terrorismo de otras más tradicionales, como los “terrorismos” de la Organización para Liberación de la Palestina, entre los 1960 y los 1990; o los vascos do ETA, en España, las acciones del Baader Meinhoff alemán, en los 1970, o aún de los montoneros argentinos en el mismo período, entre tantos otros ejemplos.

Si tomamos un fenómeno como el narcotráfico, las diferencias son aún más grandes con las violencias que tiene al Estado como referencia, pues

es una actividad económica ilegal, con conexiones locales, transfronterizas e intercontinentales que moviliza fuerzas estatales en su combate (policiales y militares), pero que no plantea cambios políticos, banderas ideológicas o tomas del Estado. Aunque accione políticas de seguridad, la llamada “guerra contra las drogas” tiene simultáneamente características internacionales – las articulaciones entre fuerzas armadas, la cooperación en inteligencia – y locales (las iniciativas represivas locales, los combates y ocupaciones de *favelas* etc.). Por su turno, la propia actividad del narcotráfico conecta regiones muy distintas del globo (plantaciones ilegales, laboratorios ocultos, favelas controladas, rutas marítimas y aéreas, control de barrios y calles en centros consumidores) de modo descentralizado pero articulado (Rodrigues, 2015). En el camino, esa “guerra” impulsa muchas situaciones de violencia sin espacialidad fija, sin temporalidad definida, sin combatientes claramente identificados y con marcos legales que no acompañan a la velocidad de esa economía, tampoco las reales estrategias de enfrentamiento de los Estados.

Los “estados de violencia”, por lo tanto, son modalidades transterritoriales de conflicto que no abolen la “guerra entre Estados”, pero agregan dimensiones y vectores distintos de la “lógica clausewitziana”. Esas conflictividades conectan espacios o ambientes que no respetan claramente a la cisión entre “dentro” y “fuera”, “nacional” y “internacional”. El resultado es una creciente indistinción entre estos ambientes que se refleja en las redefiniciones de los roles de las fuerzas armadas y las policías que lleva a un proceso global de “policialización de los militares” acompañado de la “militarización de las policías” (Balko, 2011; Graham, 2010; Saint-Pierre, 2015). Permitirse pensar en ese campo de la “transterritorialidad” y de los “estados de violencia” es abrirse para comprender una historia de las conflictividades en el presente, abandonando rígidos conceptos ontológicos sobre el “Estado”, la “política”, la “guerra” y la “paz”.

UN ANÁLISIS NÓMADE

Escrito poco antes del fallecimiento de Michel Foucault, el texto “El sujeto y el poder” es una afirmación de sus caminos como investigador. Luego en el comienzo, Foucault afirma que su intención nunca fue crear una “teoría del poder”, sino “crear una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura” (1988, p. 03, traducción mía). Al filósofo francés le interesaba comprender cómo nosotros nos tornamos *nosotros*, admitiendo que no hay una “naturaleza humana”, sino múltiples e históricamente constituidos procesos de producción de lo que pensamos, sentimos, evaluamos, creemos. Foucault, en sus investigaciones,

notó que muchas técnicas y prácticas fueron utilizadas a lo largo de la historia para promover esa “producción del sujeto”, siendo aplicadas sobre los cuerpos y subjetividades como relaciones de fuerza o ejercicios del poder.

Por eso, Foucault sintió la necesidad de desarrollar otro modo de analizar al poder fuera de la tradición de la filosofía política contractualista que lo entendía como fuerza meramente represiva y accionada solamente desde una centralidad jerárquicamente superiora. De ese modo, Foucault se acercó de una definición de poder como “situación estratégica”, práctica de combate, enfrentamiento y lucha. Esa perspectiva fue importante no sólo para ofrecer conceptos válidos para comprender como las subjetividades eran constituidas cotidianamente en un sin-número de lugares (la familia, la fábrica, el hospital, la escuela, la caserna etc.), sino también, para evitar una conclusión fatalista sobre ese proceso, pues comprender el poder como una energía solamente represiva impide pensar las posibilidades de sublevación, revuelta, cambio, insurrección. Saber que no tenemos un “alma universal”, o una ontología fija de nuestra “naturaleza”, abre la posibilidad de reivindicar una “estilística de si” (Foucault, 1998), es decir, una voluntad de intervenir sobre uno mismo, planteando un estilo de vida propio.

Aunque no haya pensado el poder como “teoría” – o quizás por esa misma razón – las sugerencias metodológicas y conceptuales de Foucault permiten pensar lo propio al campo de las ciencias políticas, de las Relaciones Internacionales y de los Estudios Estratégicos desde una perspectiva alijada de las premisas que son tomadas como *a priori*, impidiendo una reflexión crítica sobre lo que parece natural, listo y universal. Esa parálisis del pensamiento no permite que se avance en la comprensión de la “violencia organizada” hoy en día: llamémosla con todas las letras de “guerra”, libertando esa palabra de sus *cadena modernas*, o sea, de su exclusividad clausewitziana. La violencia entre los pueblos y dentro mismo de los espacios de sociabilidad es un hecho propio a la existencia humana, asumiendo incontables formas en tiempos y lugares distintos son formas distintas de “guerra”.

Liberarse de la exclusividad estatal de la guerra, sin embargo, no significa ingenuamente descartar al Estado como agente – seguramente aún el más fuerte e importante – de la “violencia organizada”. No obstante, el propio Estado cambia sus tácticas y la configuración de sus fuerzas, asumiendo la dimensión transterritorial de los conflictos contemporáneos. Comprender lo que hacen los Estados, cómo mesclan capacidades de poder antes formalmente separadas entre diferentes cuerpos armados y cómo incorporan empresas privadas y nuevas tecnologías de control exige no *absolutizarlo*, tampoco tomar a los autores, como Clausewitz, como enunciadores de verdades universales, desconsiderando que su genio tiene que ver con lo que pudieron pensar en el tiempo en que vivieron. Los mismos análisis de

Foucault son pasibles de problematización cuando se piensa la configuración de dispositivos de seguridad más allá de la referencia estatal, pues los dispositivos diplomático-militares todavía tienen el Estado como objeto, y mucho de los conflictos de hoy traspasan *transterritorialmente* las fronteras nacionales (Passetti, 2011; Rodrigues, 2013).

De todo modo, es necesario un análisis que acepte la necesidad de no cristalizar posiciones o conceptos. Si los problemas de gobierno cambian, como pensaba Foucault, hay que acompañar estos cambios para comprender nuevas configuraciones y nuevos medios de practicar la guerra. De igual modo, las fuerzas sociales no son harmónicamente dominadas por el Estado. Hay siempre fuerzas resistentes, contestadoras, planteando nuevas configuraciones (revolucionarias, reformistas, reaccionarias o conservadoras). La política como guerra es una política viva. La perspectiva agónica como mirada analítica es móvil, nómada y se presenta contra las teorías sedentarias en sus ontologías rígidas. Pensar exige movimiento, pues los acontecimientos vibran.

En los años 1970, cuando empezó a desarrollar su analítica del poder, Foucault afirmó que en el pensamiento político aún no se había “guillotinado al rey”. Dijo eso porque le parecía que el concepto de poder solamente se reportaba al poder central, al Estado, a una fuente única del poder. Ese pensamiento es aquel formateado en fines de la Edad Media precisamente por los interesados en afirmar una nueva “razón gubernamental” basada en la idea de soberanía absoluta. En aquel momento histórico, la “guerra” fue apropiada como medio para que ese poder político centralizado pudiese nacer y afirmarse *hacia adentro* y pudiese resistir, equilibrar o eventualmente agredir *hacia afuera*. La teoría política y, por extensión las corrientes teóricas más tradicionales en las Relaciones Internacionales y en los Estudios Estratégicos, son pensamientos “coronados” por su proximidad con el “rey” (con el “Estado”) y por su asociación epistemológica con la lógica de la Razón de Estado.

No es coincidencia, por lo tanto, que una tradición agonística haya sido desbloqueada en el siglo XIX por un pensador como Proudhon, interesado que era en exponer al Estado como estructura política histórica posible de ser superada no por la “anarquía” en sentido hobbesiano, pero por la “anarquía” como él propio la definía: “la más grande expresión del orden”. Pensaba Proudhon en otra forma de política (la federativa) y en otra forma de economía (la mutualista), y en la viabilidad de un orden sin Estado. Foucault, un siglo después, y con otros intereses políticos, se interesó por mostrar que la vida política es dinámica y que ninguna sujeción es eterna. Los tiempos y los problemas éticos y políticos impulsan cambios en los modos de pensar y actuar. Comprender es moverse como nómada. Así, el

agonismo como perspectiva analítica es una invitación para descentralizar los referenciales que nos parecen claros, evidentes, sólidos; afirmando una posición de combate potente para comprender – desde el tema de los conflictos – las inconstancias y velocidades de la vida política contemporánea.

REFERENCIAS

ANDERSON, B. *Imagined Communities*. London/New York: Verso, 1991.

ASHLEY, R. K. The Poverty of Neorealism. In: KEOHANE, R. O. (Ed.). *Neorealism and its Critics*. New York: Columbia University Press, 1986, p. 120-186.

ASHLEY, R. K. Untying the Sovereign State: a double reading of the Anarchy Problematique. *Millennium*, v. 17, n. 2, p. 55-73, 1988.

ASHLEY, R. K.; WALKER, R. B. J. Speaking the language of exile: dissent though in International Studies. *International Studies Quarterly*, v. 34, n. 3, p. 02-09, sep. 1990.

BALKO, R. *The rise of the warrior cop: the militarization of America's police forces*. New York: Public Affairs, 2013.

BIGO, D. Guerras, conflitos, o transnacional e o território. In: MILANI, C. R. S. (Ed.). *Relações Internacionais: perspectivas francesas*. Salvador: EDUFBA, 2010, p. 65-84.

BOBBITT, P. *A guerra e a paz na História Moderna*. Rio de Janeiro: Campus, 2003.

CLAUSEWITZ, C. von. *On War*. Traducción y notas Michael Howard y Peter Paret. Princeton: Princeton University Press, 1976.

DELEUZE, G. Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Revista Polis*, n. 13, Disponible en: <<https://polis.revues.org/5509>>.

FOUCAULT, M. El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, v. 15, n. 3, jul./sept. 1988.

_____. *Historia de la sexualidad*. Vol. 1 – La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI Editores, 1998.

_____. *Defender la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

_____. *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

GRAHAM, S. *Cities under siege: the new military urbanism*. London/New York: Verso, 2010.

GROS, F. *Estados de violência: ensaio sobre o fim da guerra*. Aparecida: Ideias & Letras, 2009.

JOURDAIN, É. *Proudhon, Dieu et la guerre*. Paris: L'Harmattann, 2006.

KEEGAN, J. *Uma história da guerra*. São Paulo: Companhia das Letras, 2002.

PASSETTI, E. Terrorismos. In: PASSETTI, E. *Anarquismo urgente*. Rio de Janeiro: Achiamé, 2007.

_____. Ecopolítica: procedências e emergência. In: CASTELO BRANCO, G.; VEIGA-NETO, A. (Ed.). *Foucault: filosofia & política*. Belo Horizonte: Autêntica, 2011.

PRICHARD, A. *Justice, Order and Anarchy: the international political theory of Pierre-Joseph Proudhon*. New York: Routledge, 2013.

PROUDHON, P.-J. De la guerra a la paz. In: PROUDHON, P.-J. *Apuntes autobiográficos*. Textos escogidos y ordenados por Bernard Voyenne. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 213-227.

_____. *La guerre et la paix*. Tome I. Antony: Édition Tops/H. Trinquier, 1998.

RABINOW, P.; DREYFUS, H. *Michel Foucault, uma trajetória filosófica*. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 1995.

RODRIGUES, T. *Guerra e política nas relações internacionais*. São Paulo: Educ., 2010.

_____. Ecopolítica e segurança: a emergência do dispositivo diplomático-policial. *Ecopolítica*, n. 5, p. 117-158, 2013.

_____. Agonismo y genealogía: hacia una analítica de las Relaciones Internacionales. *Relaciones Internacionales*, n. 24, p. 89-107, 2014.

_____. Drug trafficking and security in contemporary Brazil. In: RYAN, G. (Ed.). *World politics of security*. Rio de Janeiro: CEBRI/FKA, 2015, p. 235-249.

Saint-Pierre, H. Breve Reflexión sobre el empleo de las Fuerzas Armadas. *Voces en el Fénix*, n. 48, p. 14-21, 2015. Disponible en: <<https://unesp.academia.edu/H%C3%A9ctorLuisSaintPierre>>.

TILLY, C. *Coerción, capital y los Estados Europeos (990-1900)*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.

TOLSTOY, L. *War and Peace*. Traducción de Anthony Briggs. London: Penguin,

WALKER, R. B. J. *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*. Cambridge: Cambridge, 1993.

NOTA

1. Foucault no cita a Clausewitz literalmente, sino menciona la formulación en su presentación más popular o informal. El trecho de Clausewitz, en la consagrada traducción inglesa de Michael Howard y Peter Paret, es: “war is not merely an act of policy but a true political Instrument, a continuation of political intercourse, carried on with other means” (Clausewitz, 1976, p. 87).

POLÍTICA Y GUERRA: APUNTES PARA UNA ANALÍTICA AGÓNICA
DE LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

RESUMEN

El artículo presenta el análisis agónico como una contribución para la investigación de los “nuevos conflictos” en la política global. Activando una tradición distinta de la prevalente teorías contractualistas, esa reflexión invoca autores como Pierre-Joseph Proudhon y Michel Foucault para introducir una nueva perspectiva para el análisis de la guerra contemporánea.

Palabras-clave: Agonismo; Estudios Estratégicos; Conflictos Contemporáneos; Poder.

ABSTRACT

This article intends to present the agonistic analysis as a contribution to the research on the “new conflicts” in global politics. By activating a tradition different from the prevalent contractualist theory, this reflection evokes authors such as Pierre-Joseph Proudhon and Michel Foucault in order to address a new perspective for the analysis of contemporary warfare.

Key-words: Agonism; Strategic Studies; Contemporary Conflicts; Power.